

GRUPO DEL BANCO MUNDIAL

BANCO INTERNACIONAL DE RECONSTRUCCION Y FOMENTO

CORPORACION FINANCIERA INTERNACIONAL

ASOCIACION INTERNACIONAL DE FOMENTO

CENTRO INTERNACIONAL DE ARREGLO DE DIFERENCIAS RELATIVAS A INVERSIONES

ORGANISMO MULTILATERAL DE GARANTIA DE INVERSIONES

FONDO MONETARIO INTERNACIONAL

J

Comunicado de prensa No. 4 (S)

23 - 25 de septiembre de 1997

TEXTO PREPARADO PARA LA INTERVENCION

EMBARGO: NO SE PUBLIQUE HASTA DESPUES
DE PRONUNCIADO EL DISCURSO,
el martes 23 de septiembre de 1997

Discurso del Sr.**JAMES D. WOLFENSOHN**,
ante la Junta de Gobernadores del Grupo del Banco Mundial,
en las deliberaciones anuales conjuntas

EL DESAFÍO DE LA INCLUSIÓN

I. Introducción

Señor Presidente, señores Gobernadores, señoras y señores:

Tengo mucho placer en darles la bienvenida a estas Reuniones Anuales del Grupo del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Es también para mí un motivo de gran alegría estar en Hong Kong. Esta ciudad espléndida y bulliciosa que he visitado con regularidad desde hace 40 años es un ejemplo de la apertura, el dinamismo y el optimismo que se observa actualmente en gran parte de Asia. Lo mismo ocurre con nuestra reunión en este magnífico centro de congresos, donde todo se ha organizado en forma impecable. Quisiera expresar mi agradecimiento a nuestro anfitrión, el Gobierno de China.

El éxito logrado por China ha sido verdaderamente notable. Apenas en la generación anterior, ocho de cada diez habitantes se ganaban la vida a duras penas labrando la tierra por menos de un dólar al día. Uno de cada tres adultos no sabía leer ni escribir. Desde entonces, 200 millones de personas han salido de la pobreza absoluta y menos de una de cada diez personas es analfabeta. China es nuestro principal prestatario y uno de nuestros accionistas más preciados, y en ella habita más de la cuarta parte de los destinatarios de nuestros servicios. Es una gran satisfacción comprobar que nuestra colaboración sigue fortaleciéndose.

Señor Presidente, ésta es la tercera ocasión en que hago uso de la palabra ante usted en calidad de Presidente del Grupo del Banco Mundial, y la tercera oportunidad que tengo de expresar mi profundo agradecimiento a mi amigo Michel Camdessus, cuya colaboración en los últimos dos años y medio ha sido inestimable. Nuestra colaboración es cada vez más estrecha, y su vasta experiencia y buen criterio siguen siendo de gran ayuda para mí.

Desde el principio, una de mis prioridades ha sido observar el proceso de desarrollo por mí mismo. Hasta ahora he visitado casi 60 países. Me he reunido con autoridades de gobierno, legisladores y representantes del sector privado. He sostenido conversaciones con miembros de organizaciones no gubernamentales tanto nacionales como internacionales sobre temas tan diversos como la problemática de la mujer, el medio ambiente, la salud y las repercusiones de la reforma macroeconómica.

Dondequiera que voy, me sigue impresionando la gente a la que prestamos nuestros servicios: su fortaleza, su energía y su espíritu emprendedor --incluso en las condiciones más deplorables. Me impresionan los cientos de miles de personas desfavorecidas como consecuencia de la guerra, los millones de niños sin familia condenados a vivir en la calle, los discapacitados que no tienen ningún tipo de apoyo social. Me impresiona la precaria situación de los más pobres.

Hoy el número de nuestros clientes asciende a 4.700 millones de personas de más de 100 países. De ellos, 3.000 millones viven con menos de dos dólares al día; 1.300 millones

subsisten con menos de un dólar diario; 100 millones pasan hambre todos los días, y 150 millones nunca tienen siquiera la posibilidad de asistir a la escuela.

Vivan en las llanuras o en los valles, en barrios de tugurios o en poblados aislados, hablen hindi, swahili o uzbeko, todas esas personas tienen algo en común. No quieren nuestra caridad. Buscan una oportunidad. No quieren soluciones impuestas desde afuera. Buscan una ocasión para salir adelante por sí mismas. No quieren ni mi cultura ni la de ustedes, sino su propia cultura. Quieren un futuro enriquecido por el legado de su pasado.

He podido comprobar que la gente es igual en todas partes --en esta sala y en todo el mundo. Todos queremos lo mejor para nuestros hijos y para nuestras familias. Todos queremos vivir en paz y tener seguridad económica y personal. Todos queremos vivir en una comunidad solidaria. Todos queremos tener una vida digna.

Esto lo pude apreciar claramente seis meses atrás al visitar un gran proyecto de abastecimiento de agua y saneamiento en las favelas de Brasil. El proyecto, respaldado por el Banco, es ahora autosuficiente y en él participan la comunidad local, el sector privado y algunas organizaciones no gubernamentales.

Con mi anfitrión, el Vicegobernador del estado de Rio, visité las viviendas provisionales; me detuve a conversar con las mujeres que viven en ellas y que antes debían acarrear los recipientes con agua sobre sus hombros desde las faldas del cerro hasta sus viviendas situadas en la cima. Una tras otra me mostraron con orgullo el agua corriente y descargaron los inodoros, y me explicaron cómo el proyecto había transformado sus vidas.

Durante el recorrido, las mujeres se iban acercando para enseñarme las facturas y los comprobantes de pago de 5 ó 7 cruzeiros al mes. Me dediqué a observar y escuchar hasta que el Vicegobernador me dijo: “Jim, lo que quieren que vea es que, por primera vez en su vida, sus nombres y direcciones han aparecido en un documento oficial. Por primera vez, se reconoce oficialmente su existencia. Por primera vez, se les considera parte de la sociedad. Con esos comprobantes pueden obtener crédito para comprar lo que necesitan. Esos recibos significan reconocimiento y esperanza”.

Mientras bajaba por el cerro y me alejaba de la favela, caí en cuenta de que ése es, precisamente, el desafío del desarrollo: la inclusión. Integrar en la sociedad a la gente que nunca antes ha formado parte de ella. Ésa es la razón de ser del Grupo del Banco Mundial. Ésa es la razón por la que hoy estamos reunidos aquí. Ayudar a que la gente pueda tener esta experiencia.

II. Situación del desarrollo en 1997

¿Hasta qué punto hemos conseguido ese objetivo en 1997? En muchos sentidos, *las cosas nunca han ido tan bien* en los países en desarrollo. El año pasado la producción creció un 5,6% --el ritmo más alto de los 20 últimos años. La inversión extranjera directa superó los US\$100.000 millones --la cifra más alta jamás alcanzada; los flujos de capital privado suman ahora US\$245.000 millones --volumen cinco veces mayor que el de la asistencia

oficial para el desarrollo. Además, según las proyecciones, los países en desarrollo seguirán disfrutando de un firme crecimiento en los próximos diez años.

Los indicadores sociales también están mejorando. La esperanza de vida ha aumentado en los últimos 40 años más que en los 4.000 anteriores. Y la libertad está en auge. Hoy, en casi dos de cada tres países las autoridades nacionales se eligen a través de elecciones libres, y 5.000 millones de personas viven en países con una economía de mercado --mientras que hace diez años dicho número era de sólo 1.000 millones.

Hay también muchas buenas noticias de alcance regional. Los programas de reforma en los países de Europa oriental y Asia central continúan avanzando y varios países de la región tienen buenas perspectivas de adherirse a la Unión Europea. En África al sur del Sahara se observan progresos reales, como la renovación de los líderes políticos, la adopción de medidas de política económica más acertadas y un crecimiento del PIB de 4,5% en 1996, frente al 2% de hace dos años.

En el Oriente Medio y Norte de África, a pesar de los problemas políticos, las medidas adoptadas continúan impulsando el comercio regional y las inversiones, aumentando la competitividad y ampliando las oportunidades económicas. En América Latina, los países han dejado atrás la crisis ocasionada por la devaluación del peso mexicano, y han recuperado plenamente sus anteriores avances en la lucha contra la hiperinflación.

En Asia oriental, no obstante la reciente turbulencia de los mercados financieros, prevemos todavía firmes avances en materia de crecimiento a largo plazo y reducción de la pobreza. Y en Asia meridional, donde se concentra el 35% de los pobres del mundo en desarrollo, las tasas de crecimiento de los últimos años han alcanzado casi el 6%.

En resumidas cuentas, hay mucho que celebrar; pero también hay mucho que lamentar. El vaso está medio lleno y también medio vacío. Demasiadas personas no pueden gozar de los frutos del éxito.

Aquí, en Asia oriental, donde a pesar del “milagro”, las desigualdades entre las zonas rurales y urbanas y entre los trabajadores calificados y no calificados se están generalizando. En los países de la antigua Unión Soviética, donde los ancianos y los desempleados son más vulnerables en la turbulenta situación causada por la transición de la economía dirigida a la de mercado.

En partes de América Latina, donde los problemas de la propiedad de la tierra, la delincuencia, la violencia asociada a las drogas, la desigualdad en el acceso a la educación y la atención de salud y las enormes divergencias en el nivel de ingreso obstaculizan el progreso y ponen en peligro la estabilidad. Por último, en muchos de los países más pobres del mundo, donde el crecimiento demográfico continúa siendo superior al crecimiento económico, con el consiguiente deterioro de los niveles de vida.

Lo peor es que para demasiadas personas el vaso está casi totalmente vacío. En realidad, para demasiadas personas, *las cosas nunca han ido tan mal*, pues sigue habiendo enormes diferencias entre los países y dentro de ellos.

En demasiados países, el 10% más pobre de la población tiene menos de un 1% del ingreso, mientras que el 20% más rico disfruta de más de la mitad del total. En demasiados países, las niñas tienen sólo la mitad de las probabilidades de ir a la escuela que los niños. En demasiados países, los niños padecen trastornos desde el momento de su nacimiento debido a la malnutrición, la falta de servicios de salud y el acceso escaso o nulo a programas de desarrollo del niño en la primera infancia. En demasiados países, las minorías étnicas sufren discriminación y temen por sus vidas, sometidas como están a las mayorías étnicas.

Señor Presidente, el espectáculo al que asistimos en el mundo de hoy es la tragedia de la exclusión.

III. La tarea pendiente

Nuestro objetivo debe ser reducir esas diferencias entre países y dentro de ellos, incorporar plenamente a la vida económica a un número cada vez mayor de personas, promover la igualdad de acceso a los beneficios del desarrollo independientemente de la nacionalidad, la raza o el sexo. Éste --el desafío de la inclusión-- es el gran reto pendiente del desarrollo en nuestro tiempo.

Ustedes y yo, todos los que nos encontramos aquí reunidos --los privilegiados del mundo en desarrollo y desarrollado-- podemos decidir no darnos por enterados. Podemos fijarnos únicamente en los logros. Podemos vivir con un poco más de delincuencia, alguna guerra más, un aire un poco más contaminado. Podemos aislarnos de sectores enteros del mundo para quienes la crisis es un hecho real y cotidiano, aunque para nosotros sea en gran parte invisible.

Pero debemos reconocer que vivimos con una bomba de tiempo y que si no adoptamos medidas ahora podría explotar en las manos de nuestros hijos. Si no hacemos algo, en 30 años las desigualdades serán mayores. Con una población que crece a razón de 80 millones de personas al año, los 3.000 millones que viven con menos de dos dólares diarios podrían convertirse en 5.000 millones. En 30 años, la calidad de nuestro medio ambiente empeorará. La pérdida de bosques tropicales, del 4% desde la Conferencia de Río, podría llegar a ser del 24%.

En 30 años, puede aumentar el número de conflictos. Vivimos ya en un mundo donde, sólo en el año pasado, se produjeron 26 guerras entre Estados y hubo 23 millones de refugiados. No hace falta pasar mucho tiempo en Bosnia, en Gaza o en la región de los lagos de África para comprender que sin esperanza económica no tendremos paz. Sin equidad no puede haber estabilidad mundial. Sin un mayor sentido de justicia social, nuestras ciudades no serán seguras y nuestras sociedades no serán estables. Sin inclusión, demasiados de nosotros estaremos condenados a vivir separados, armados, aterrados.

Tanto si lo consideramos desde una perspectiva social como económica o moral, se trata de un desafío que no podemos ignorar. No hay dos mundos; el mundo es uno solo. Respiramos el mismo aire. Degradamos el mismo medio ambiente. Compartimos el mismo sistema financiero. Tenemos los mismos problemas sanitarios. El SIDA no es un problema que respete las fronteras. La delincuencia no respeta las fronteras. Las drogas no respetan las fronteras. El terrorismo, la guerra y el hambre no respetan las fronteras.

Además, la economía está modificando radicalmente las relaciones entre las naciones ricas y pobres. En los próximos 25 años, el crecimiento de China, India, Indonesia, Brasil y la Federación de Rusia transformará probablemente el mapa económico del mundo, pues la parte de los países en desarrollo y en transición en el total de la economía mundial se duplicará. En la actualidad esos países representan el 50% de la población mundial pero sólo el 8% del PIB. La proporción que les corresponde en el comercio mundial equivale a la cuarta parte de la correspondiente a la Unión Europea. En el año 2020, su participación en el comercio mundial podría ser un 50% mayor que la de Europa.

Tenemos en común el mismo mundo y encaramos el mismo desafío. La lucha contra la pobreza es la lucha por la paz, la seguridad y el crecimiento para todos.

¿Cómo debemos proceder? Sabemos ya al menos lo siguiente: Ningún país ha logrado reducir la pobreza sin un crecimiento económico sostenido. Los países que han tenido más éxito --incluidos muy en especial muchos de esta región de Asia oriental-- han realizado también enormes inversiones en su población, han sentado los cimientos de una política acertada y no han discriminado al sector rural. Los resultados han sido espectaculares: grandes entradas de capital privado, crecimiento rápido y reducción considerable de la pobreza.

La conclusión que se deduce para los países es clara: educad a vuestros ciudadanos, velad por su salud, dadles oportunidad de expresarse, justicia, sistemas financieros que funcionen y políticas económicas acertadas, y ellos responderán y ahorrarán y atraerán las inversiones, tanto internas como extranjeras, necesarias para elevar el nivel de vida e impulsar el desarrollo.

Pero los acontecimientos recientes nos están transmitiendo también otras enseñanzas. Hemos visto en los últimos meses que los mercados financieros exigen mayor acceso a la información y que, sobre la base de estos datos, emiten juicios inmediatos sobre la calidad y sostenibilidad de las políticas oficiales. Hemos comprobado que sin una organización y una supervisión sólidas los sistemas financieros pueden derrumbarse, perjudicando sobre todo a los pobres. Hemos observado cómo la corrupción florece en la oscuridad, cómo impide el crecimiento y la igualdad social y cómo sienta las bases para la inestabilidad social y política.

Debemos reconocer la existencia de un vínculo entre los buenos resultados económicos y la apertura en las formas de gobierno. Cualquiera que sea el sistema político, las decisiones públicas deben exponerse a la luz pública. No sencillamente para complacer a

los mercados, sino para conseguir un amplio consenso social sin el cual a la larga fracasarán todas las estrategias económicas, hasta las mejor orientadas.

IV. Los organismos de desarrollo

Señor Presidente, ¿cómo podemos nosotros, los organismos de desarrollo, contribuir con mayor eficacia a una tarea tan formidable?

Es claro que la magnitud del desafío es sencillamente demasiado grande para que pueda ser abordado por cualquiera de nosotros sin ayuda de los demás. Tampoco conseguiremos avanzar si trabajamos con fines encontrados o mantenemos rivalidades que deberían haberse dejado de lado hace tiempo. Deben terminar las agresiones verbales entre la sociedad civil y las instituciones multilaterales de desarrollo. Debemos alentar la crítica. Pero también hemos de reconocer que tenemos un objetivo común y que nos necesitamos mutuamente.

Las asociaciones, estoy convencido, deben ser la piedra angular de nuestros esfuerzos. Y deben descansar en cuatro pilares.

En primer lugar, y por encima de todo, el gobierno y la población de los países en desarrollo deben estar al timón --tener capacidad de elegir y de fijarse sus propios objetivos. El desarrollo requiere una voluntad política demasiado firme para que pueda imponerse desde el exterior. *No* puede ser impulsado por los donantes.

Pero lo que nosotros, el conjunto de los organismos de desarrollo, sí podemos hacer, sin duda, es ayudar a los países con financiamiento pero sobre todo con conocimientos y con las enseñanzas aprendidas sobre los problemas existentes y la manera de resolverlos.

Debemos aprender a soltar las riendas. Debemos aceptar que los proyectos que financiamos no son proyectos de los donantes ni del Banco Mundial --son proyectos de Costa Rica, o proyectos de Bangladesh, o proyectos de China. Y los proyectos y programas de desarrollo sólo prosperan si cuentan con una total identificación de las partes interesadas *locales*. Debemos escuchar a éstas atentamente.

En segundo lugar, nuestras asociaciones deben estar basadas en la inclusión; contar con la participación de las instituciones bilaterales y multilaterales, las Naciones Unidas, la Unión Europea, las organizaciones regionales, la Organización Mundial del Comercio, las organizaciones laborales, las ONG, las fundaciones y el sector privado. Si cada uno de nosotros utiliza al máximo sus posibilidades, podemos potenciar nuestros esfuerzos generales en pro del desarrollo.

En tercer lugar, hemos de ofrecer nuestra asistencia a todos los países necesitados, pero debemos mostrarnos selectivos en la forma de utilizar nuestros recursos. Hay una realidad ineludible: podremos sacar a más gente de la pobreza si concentramos nuestra asistencia en países con políticas acertadas que si la otorgamos sin tener en cuenta su actuación. Estudios recientes confirman lo que ya sabíamos por intuición --que en un contexto de políticas bien encaminadas, la asistencia para el desarrollo mejora las perspectivas de

crecimiento y la situación social; en cambio, un entorno de políticas desacertadas puede llegar a retrasar el progreso, reduciendo la necesidad de cambio y creando dependencia de la ayuda.

Quiero ser muy claro al respecto. No estoy defendiendo una teoría darwiniana del desarrollo, que nos llevaría a dejar al margen a los menos aptos. Todo lo contrario. Nuestro objetivo es respaldar a los que son más aptos, y ayudar a serlo a los que no lo son. Todo esto tiene que ver con la inclusión.

En África, por ejemplo, una nueva generación de dirigentes merece nuestro apoyo más firme posible en las difíciles decisiones que están tomando; sus necesidades son ingentes y demuestran una capacidad cada vez mayor de utilizar bien los fondos de los donantes con el fin de satisfacerlas. Debemos prestarles nuestra ayuda. Es un imperativo económico y moral.

No obstante, cuando la ayuda no puede ser eficaz debido a las malas políticas, o a la corrupción o al desgobierno, debemos pensar en nuevas formas de ayudar a la población. No la asistencia técnica del pasado, que confiaba excesivamente en los consultores extranjeros. Debemos más bien ayudar a los países a ayudarse a sí mismos, incrementado su propia capacidad para formular y llevar a la práctica sus propios programas de desarrollo.

Por último, todos los interesados en el desarrollo debemos reconsiderar nuevamente nuestras estrategias.

Necesitamos un avance sustancial que nos permita reducir realmente la pobreza. Debemos ampliar nuestras perspectivas, ir más allá de los proyectos concretos financiados por donantes e interesarnos y concentrarnos en las estrategias nacionales de más amplio alcance emprendidas por los respectivos países, e incluso pasar a las estrategias regionales y a la reforma sistémica.

Necesitamos métodos que se puedan reproducir y adaptar a las circunstancias locales. No se trata de un proyecto agrícola aquí, un grupo de escuelas allá. Necesitamos estrategias nacionales de desarrollo rural y educación que puedan ayudar a Oaxaca y a Chiapas, pero también a todas las regiones del mundo con características semejantes.

Debemos insistir firmemente en las principales esferas estratégicas del cambio --el desarrollo social y humano, el desarrollo rural y ambiental y el desarrollo financiero y del sector privado.

Además, no podemos olvidar que la educación de las niñas y la búsqueda de nuevas oportunidades para la mujer --en los sectores de la salud, la educación y el empleo-- son fundamentales para un desarrollo equilibrado.

En la lucha por la inclusión, todo ello puede resumirse en un nuevo balance final para todos los organismos de desarrollo. Debemos pensar en los resultados --cómo conseguir los mayores beneficios en términos de desarrollo con nuestros escasos recursos. Debemos

pensar en la sostenibilidad --cómo conseguir efectos duraderos en materia de desarrollo. Debemos pensar en la equidad --cómo incluir a los desfavorecidos. Debemos centrar nuestros esfuerzos no en los proyectos fáciles, sino en los difíciles, el nordeste de Brasil, la llanura del Ganges en India y el Cuerno de África. Pero el éxito deberá medirse sobre todo por la eficacia con que se consiga aumentar el número de personas que pueden participar en los beneficios del desarrollo, y tener la oportunidad de una vida mejor.

V. El Grupo del Banco Mundial

¿Qué medidas está adoptando el Grupo del Banco para encarar el Desafío de la Inclusión?

El año pasado señalé que para aumentar la eficacia de la labor del Grupo del Banco sería necesario reformar la institución: responder mejor a las necesidades reales de nuestros clientes, concentrarnos en la calidad y responsabilizarnos más por los resultados de nuestro trabajo. Este año puedo anunciarles que la reforma está en marcha. El Banco no sólo está cambiando, sino que la necesidad de cambio es ahora ampliamente aceptada.

Sé --al igual que todos ustedes-- que éste no es el primer intento por reformar el Banco. Pero nunca antes se había contado con el nivel de compromiso y consenso con que contamos hoy. Nuestra labor tiene como fundamento la declaración de objetivos formulada por mi predecesor, Lew Preston, cuyo deceso prematuro le impidió poner en práctica sus planes.

A comienzos de este año, pusimos en marcha un programa de acción, el Pacto Estratégico, para renovar nuestros valores y nuestro compromiso con la tarea del desarrollo y aumentar la eficacia del Banco.

En mi opinión, este Pacto tiene una dimensión histórica. No porque se haya logrado un consenso sobre cada uno de sus párrafos, sino porque el personal, la administración y los accionistas --con el respaldo extraordinario de los Directores Ejecutivos-- coinciden en el rumbo que deberá seguir la institución en el futuro.

Si bien nos queda mucho por hacer, y aunque el cambio es doloroso y algunos están sufriendo ya sus consecuencias, la aplicación del Pacto está muy avanzada.

Estoy convencido de que esta vez podremos tener éxito. Y lo tendremos porque contamos con un personal verdaderamente extraordinario y comprometido. A mi juicio, este es el mejor equipo de desarrollo del mundo y el que posee mayor experiencia en la lucha contra la pobreza.

No obstante, el Pacto Estratégico no se refiere fundamentalmente a nuestra organización y al cambio interno; se refiere a nuestros *clientes* y a la atención de sus necesidades en forma más eficaz. Para no quedarnos sólo en palabras, hemos realizado una activa labor de descentralización. A fines de este mes, 18 de nuestros 48 directores subregionales con facultades para adoptar decisiones desempeñarán sus funciones en los mismos países que tienen a su cargo; hace un año eran sólo tres.

Además, hemos acelerado la tramitación de nuestros proyectos e introducido nuevos productos, como los préstamos en una sola moneda y los préstamos para proyectos innovadores de hasta US\$5 millones, que pueden instrumentarse muy rápidamente.

Hemos preparado, en colaboración con Michel y nuestros colegas del FMI --así como con muchos otros asociados-- programas de reducción de la deuda por valor de aproximadamente US\$5.000 millones para seis países muy endeudados en el marco de la Iniciativa para la reducción de la deuda de los países pobres muy endeudados. No está mal para una empresa que hace 18 meses ni siquiera tenía un nombre. Además estamos avanzando rápidamente para ayudar a otros países que pueden acogerse a esta Iniciativa.

El nuevo Banco buscará con denuedo la *calidad*.

Hemos reforzado los grupos a cargo de países, lo que ha supuesto la selección de 150 nuevos directores durante los últimos seis meses, y se han iniciado rigurosos programas de capacitación y desarrollo profesional para todo el personal. La CFI también ha introducido sustanciales cambios en su administración y está en proceso de descentralización, delegando responsabilidades en el terreno.

Hemos mejorado la calidad de nuestra cartera, y, como resultado, los desembolsos alcanzaron el año pasado un nivel sin precedentes de US\$20.000 millones.

La calidad de *toda* nuestra labor está mejorando gracias a los progresos logrados en nuestros esfuerzos por convertirnos en un “Banco de conocimientos”. Hemos creado redes para diseminar los conocimientos a todas las regiones y a los principales sectores del desarrollo. El Instituto de Desarrollo Económico (IDE) desempeña una función de vanguardia en esta esfera. En junio pasado en Toronto, en colaboración con el Gobierno de Canadá y con muchos otros patrocinadores, el IDE reunió a participantes procedentes de más de 100 países en la primera conferencia sobre el Saber Mundial.

Mi meta es que el Banco Mundial se convierta en el primer lugar al que recurran quienes necesitan saber algo sobre el desarrollo. Para el año 2000 habremos puesto en marcha un sistema mundial de comunicaciones con enlaces por computadora, servicios de videoconferencia y aulas interactivas, que ofrecerá a nuestros clientes de todo el mundo pleno acceso a nuestras bases de datos. Será el fin de la geografía tal como se ha entendido en el Banco.

También estamos fomentando una mayor *responsabilidad* en todo el Grupo del Banco.

Hemos elaborado un sistema de indicadores para medir nuestros resultados. Estamos supervisando muy de cerca el cumplimiento de nuestras políticas y continuamos mejorando el proceso de inspección para que sea más transparente y eficaz. Además estamos formulando nuevas políticas de personal que vinculan directamente su desempeño con la remuneración y las promociones.

Asimismo, estamos haciendo más hincapié en la responsabilidad en el diálogo con nuestros clientes. El año pasado destaqué la importancia de contener el cáncer de la corrupción.

Desde entonces, hemos emitido nuevas directrices para orientar al personal del Banco en la lucha contra la corrupción, lo que supone, entre otras cosas, velar por que nuestros procedimientos se adecuen a las normas más estrictas de transparencia y decoro. Además, hemos comenzado a colaborar con un primer grupo de seis países miembros en la formulación de programas para combatir la corrupción.

Lo esencial en mi posición ante la corrupción es lo siguiente: si un gobierno no está dispuesto a adoptar las medidas necesarias para combatirla, aun cuando ésta menoscabe los objetivos de desarrollo de su país, el Grupo del Banco *debe* reducir su asistencia a ese país. Por definición, la corrupción excluye, ya que promueve los intereses de unos pocos en detrimento del resto. Debemos combatir la corrupción dondequiera que la encontremos.

La clave para encarar el desafío de la inclusión consiste en asegurarnos no sólo de hacer bien lo que hacemos, sino de hacer lo que debemos. Ya me he referido a las principales esferas estratégicas del cambio. Permítanme señalar brevemente las medidas que ha adoptado el Banco en cada una de ellas.

En primer lugar, en la esfera del desarrollo humano y social: Estamos incorporando las cuestiones sociales --incluido el apoyo a la importante función que desempeña la cultura autóctona-- a nuestras estrategias de asistencia a los países, de modo que podamos beneficiar de mejor manera a las minorías étnicas, a las unidades familiares que están a cargo de una mujer y a otros grupos excluidos.

Estamos participando en programas diseñados por las comunidades locales a fin de abordar las necesidades más generalizadas, como el programa EDUCO de alfabetización básica en El Salvador y el programa de educación primaria en los distritos de la India. Este tipo de programas se está realizando también en otros países.

Estamos aumentando nuestro respaldo a los programas de fortalecimiento de la capacidad, en especial, al programa integral puesto en marcha el año pasado por los países africanos.

En segundo término, con respecto al desarrollo sostenible: Hemos llevado a cabo una completa revisión de nuestra estrategia para el sector rural, sector en el que vive más del 70% de los pobres del mundo. Se está aumentando el financiamiento --tras haber disminuido durante muchos años-- en respaldo de programas innovadores, como la nueva estrategia basada en el mercado para la reforma agraria en Brasil.

También estamos respaldando a nuestros clientes en sus esfuerzos por abordar los problemas ambientales urbanos --la falta de abastecimiento de agua potable y de saneamiento adecuado-- que con tanta frecuencia se pasan por alto y tanta importancia revisten para la calidad de vida de los pobres.

Además, seguimos avanzando en la aplicación de los programas mundiales para el medio ambiente, a través del Fondo para el Medio Ambiente Mundial, la iniciativa para reducir

las emisiones de carbono y una nueva asociación con el Fondo Mundial para la Naturaleza para proteger los bosques del mundo.

En tercer lugar, en lo que se refiere al sector privado: Estamos explotando la sinergia entre el Banco, la CFI y el OMGI, y coordinando nuestras actividades en un solo servicio orientado específicamente a satisfacer las necesidades de los clientes.

En todo el Grupo del Banco estamos intensificando la labor de reforma de los sistemas normativos, legales y judiciales, orientada a crear las condiciones para atraer capital privado externo e interno. Estamos empleando las garantías del BIRF para ayudar a respaldar cambios de políticas y mitigar el riesgo, y estamos ampliando la línea de productos de la AIF para ayudar a los países pobres a desarrollar el sector privado y participar plenamente en la economía mundial.

Mientras tanto, la CFI está trabajando en 110 países y en más sectores y con más instrumentos financieros que nunca. En el ejercicio de 1997, las nuevas aprobaciones sumaron US\$6.700 millones para 276 proyectos. La Iniciativa para ampliar el campo de acción de la CFI abarca a 33 países y regiones que han recibido pocas inversiones del sector privado. Una vez más, el objetivo es claro: incorporar al mercado mundial a un número cada vez mayor de economías marginadas.

El OMGI también está cumpliendo un papel activo y más destacado. El año pasado suscribió un número sin precedentes de 70 contratos de garantía para proyectos de 25 países en desarrollo, incluidos 11 en los cuales el OMGI nunca ha desarrollado actividades. Me complace sobremanera el hecho de que ayer el Comité para el Desarrollo conviniera en un aumento del capital del OMGI que permitirá a éste seguir creciendo.

La cuarta esfera estratégica es el sector financiero --que ha adquirido gran importancia a raíz de los acontecimientos recientes en esta región. También en este sector estamos intensificando nuestra labor en coordinación con el FMI y los bancos regionales de desarrollo, por la sencilla razón de que cuando se produce un fallo del sector financiero son los pobres los que más sufren. Son ellos los que soportan las peores consecuencias cuando se restringen las inversiones y el acceso al crédito, cuando se despide a trabajadores y cuando los presupuestos y servicios se reducen para cubrir las pérdidas.

Sin embargo, para el buen desempeño del sector financiero se necesita mucho más que el anuncio de nuevas políticas o programas de financiamiento cuando se produce una crisis. Por esta razón estamos ampliando nuestra capacidad para respaldar la reestructuración de los sistemas bancarios y financieros no sólo en los países de ingreso mediano; también estamos colaborando en la tarea más general del desarrollo del sector financiero de países de ingreso bajo.

Para esos países, donde habitan los 3.000 millones de personas más pobres del planeta, la AIF sigue siendo un instrumento fundamental para encarar el desafío de la inclusión. En su momento me dirigiré a ustedes con el propósito de solicitar su apoyo para la décimosegunda reposición de los recursos de la Asociación.

VI. Conclusión

Señor Presidente, creo que hemos avanzado mucho en poner la casa en orden como preparación para la ardua tarea que nos espera en el nuevo milenio. El ejercicio de 1997 fue un año de grandes logros.

Debemos seguir avanzando en este proceso. Debemos asegurarnos de poder cumplir el programa de actividades del ejercicio recién iniciado, de mejorar la tramitación de los proyectos y de aumentar los recursos destinados directamente a los servicios de primera línea. Además, tenemos que poner en práctica las recomendaciones del examen que acaba de terminarse sobre la eficacia en función de los costos.

Pero también ha llegado el momento de volver a soñar. Soñar con el desarrollo basado en la integración.

Este es un singular momento histórico que nos brinda la oportunidad de hacer realidad ese sueño.

En la actualidad existe un consenso sin precedentes en cuanto a las políticas que deben aplicarse para lograr un crecimiento sostenible que redunde en la reducción de la pobreza. En estos momentos tenemos pruebas contundentes e inequívocas de los vínculos económicos y sociales que existen entre el mundo en desarrollo y el industrializado. El futuro que tenemos por delante nos revela que, a menos que tomemos medidas, nuestros hijos estarán condenados a vivir en un medio ambiente deteriorado y en un mundo menos seguro. Lo único que hace falta hoy es la decisión de concentrarnos en el mañana y la valentía de actuar de inmediato.

Señor Presidente, en nuestra calidad de organismos de desarrollo tenemos ante nosotros una disyuntiva crucial.

Podemos continuar actuando como lo hemos hecho hasta ahora, concentrándonos en uno u otro proyecto, con frecuencia sin llegar a atacar de lleno el problema de la pobreza. Podemos seguir concertando acuerdos internacionales que pasamos por alto. Podemos continuar disputándonos los ámbitos de acción y compitiendo para conseguir la victoria moral o podemos decidir hacer una verdadera contribución.

Pero para eso, debemos actuar con mayor amplitud de miras. Debemos formar alianzas para potenciar la movilización y el uso de recursos escasos. Debemos intensificar nuestros esfuerzos y abordar enérgicamente las esferas en las que podemos ejercer un mayor impacto en materia de desarrollo.

Los funcionarios del Banco Mundial estamos dispuestos a hacer lo que nos corresponde, pero no podemos alcanzar el éxito solos. Sólo aunando nuestros esfuerzos podremos ser eficaces. Sólo si cambiamos todos nuestra actitud podremos alcanzar un progreso sustancial. Sólo podremos lograr la inclusión si en los directorios de las instituciones, en los ministerios y en las plazas de todo el planeta empezamos a tomar conciencia de que en última instancia la inclusión es imprescindible para que la prosperidad sea duradera.

Permítanme concluir donde he comenzado: en aquella favela de Brasil. La misma expresión que vi en los rostros de las mujeres en Brasil la vi en los de mujeres de la India cuando me mostraban sus libretas de ahorro. La he visto en los rostros de los habitantes de las cavernas rurales de China cuando se les ofrecieron nuevas tierras productivas, y en los rostros de pobladores de aldeas de Uganda que por primera vez podían mandar a sus hijos a la escuela con los ingresos que ahora pueden obtener por sí mismos gracias a los planes de extensión rural.

La mirada de estas personas no es una mirada desolada. Es una mirada llena de orgullo, autoestima y sentido de integración. Son personas que tienen una visión de sí mismas, tradición y sentido de familia. Todo lo que necesitan es una oportunidad.

Todos los aquí reunidos debemos asumir personalmente la responsabilidad de asegurar que a esas personas se les dé una oportunidad. Podemos hacerlo. Por el bien de nuestros hijos, debemos hacerlo. Juntos, lo haremos.